

Lo Inefable y los Límites del Lenguaje en “El Aleph” (1945) de Jorge Luis Borges

Harriet L. Wilkes Honors College

Pedro F. Millán, Dr. Carmen Cañete Quesada (Faculty Advisor)

Resumen

Este ensayo examina el cuento “El Aleph” (1945), del escritor argentino Jorge Luis Borges, con el propósito de indagar en los límites del lenguaje al describir con palabras un momento insólito e inefable. Pese a los intentos del personaje Borges de retratar su experiencia con *lo infinito*, éste no llega a lograr su objetivo pues las formas de ver y transcribir ese instante, el instante en el que se encuentra por primera vez con el Aleph, son inaprensibles e indescifrables. Pero éstas no son las únicas dificultades en el proceso de verbalizar lo inefable; según el filósofo británico John Locke, las palabras presentan inherentes limitaciones que impiden el completo entendimiento de experiencias únicas. Usando la teoría epistemológica de Locke en su obra *Essay Concerning Human Understanding* (1689), este ensayo analiza las limitaciones que el personaje Borges encuentra al contemplar la naturaleza y establecer

una relación entre las palabras y la percepción del mundo.

El lenguaje permite comunicar el pensamiento y dar sentido a la experiencia humana (Parikh 2001). A pesar de ser una de las herramientas de comunicación más poderosas, esta arma (la única de este calibre) se muestra indefensa frente al desafío de expresar determinadas sensaciones y percepciones de la realidad. Es posible verbalizar muchas cosas presentes en el mundo físico, pero ¿es posible expresar lo abstracto con la misma facilidad? En este ensayo, se explorarán las limitaciones del lenguaje que el escritor argentino Jorge Luis Borges¹ percibe en su cuento “El Aleph” (1945). En particular se explorarán soluciones a la pregunta del narrador sobre, particularmente, “¿cómo transmitir a los otros el infinito Aleph...?” (“El Aleph” 163), cuando conceptos

¹ Debido a la existencia de dos Borges en este trabajo, se utilizará: Borges-autor para el autor Jorge Luis Borges, y Borges-personaje para la versión ficticia de Borges en el cuento.

relacionados con *lo infinito* o *lo universal* son imposibles de verbalizar debido a la inmensa complejidad que dichos conceptos abarcan. Para ello propongo utilizar la teoría del filósofo inglés John Locke sobre el uso de las palabras, que éste desarrolla en su obra *An Essay Concerning Human Understanding*, en tanto que nos ayuda a entender la naturaleza del lenguaje y las limitaciones naturales que restringen nuestro entendimiento del mundo que percibimos.

Borges-autor cuenta en “El Aleph” (1945) la historia de una versión ficticia de sí mismo, quien se encuentra perdidamente enamorado de Beatriz Viterbo. Es tal su obsesión y lealtad hacia ella que incluso años después de haber ésta fallecido sigue visitando su casa en el aniversario de su muerte. Ahí se congria con el primo de Beatriz, Carlos Argentino Daneri. Él es escritor, y su última creación es “La Tierra”, un poema que describe el planeta en diligente detalle. Después de escuchar algunos fragmentos del poema, Borges-personaje se burla del estilo pedante de Carlos, abundante “en inservibles analogías y en ociosos escrúpulos” (“El Aleph” 153). Un día, Daneri llama a Borges, comentándole que su casa (donde vivió también Beatriz) será demolida y no puede arriesgarse a perder un extraño dispositivo al que llama aleph, un “lugar donde están,

sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos” (“El Aleph” 161). Borges-personaje deduce que Daneri ha perdido la cordura pero, interesado en visitar la casa de su imposible amada por última vez, insiste en ir. En el clímax del cuento, a su descenso en el decimonono escalón encuentra una “pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor” (“El Aleph” 164), con ilusión de movimiento giratorio producida por los “vertiginosos espectáculos que encerraba” (“El Aleph” 164); el aleph.

El aleph (א) es la primera letra del alfabeto hebreo, y su significado va más allá de lo que puede ser expresado convencionalmente pues tiene un significado místico en la tradición judía. En el alfabeto judío, todas las letras reciben una denominación numeral; y sucede que en el caso del aleph, ese número es el uno: una “síntesis exacta del alfabeto y álgebra” (Lamarti 62). Y no sólo eso, en las matemáticas, el aleph como número simboliza las distintas variedades de infinito y la cardinalidad o tamaño de los conjuntos infinitos. En su experiencia con el aleph, Borges-personaje y el todo del universo se hacen uno por un momento efímeramente eterno, “ese instante gigantesco” (“El Aleph” 164). Como objeto, es minúsculo, con un diámetro de dos o tres centímetros, “pero el espacio

cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño” (“El Aleph” 164) para permitirle presenciar esos conjuntos de cosas y personas en sus infinitas posibilidades. El aleph, punto sobre el cual todas las cosas del mundo pueden ser vistas, es infinito e imposible de describir. En la existencia del aleph yace un problema: ¿cómo retratar *lo infinito* para el lector? Borges-personaje queda maravillado, y sumido en casi mística contemplación existencial, pero rehúye dar algún crédito a Daneri. El cuento concluye con Borges-personaje tratando de desacreditar la autenticidad del aleph que encontró en casa de Daneri.

No es fortuito que, aun cuando el sinfín de imágenes inundan la mente de Borges-personaje, el cuento se mantiene centrado en la absoluta experiencia:

Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó, [...] vi el Aleph, desde todos los puntos, vi en el Aleph la tierra, y en la tierra otra vez el Aleph y en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto

secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo. (164-66, la cursiva es mía)

En la oración donde intenta describir su experiencia con el aleph se cuentan 430 palabras y treinta y siete oraciones encabezadas por “vi”. La anáfora cumple dos funciones importantes: en un primer plano, añade verosimilitud al testimonio de Borges-personaje frente a lo inexplicable, tratando de recordar y capturar todo lo posible antes de ver su testimonio cortado por la vigilante memoria. En segundo plano, retrata la inconcebible imposibilidad de aquel momento - objetos, lugares, personas a través de la historia, todas casi compresas a un instante, sin superposición o transparencia, en completa simultaneidad y armonía. No hay tema o cosa ausente en estas meras 430 palabras: matemática, historia, medicina, geografía, enciclopedias, literatura (Balderston 32). Borges-autor ha usado la *vista* como “centro inmóvil” (Balderston 31); todo lo que ha tenido lugar en una milésima de segundo ha sucedido en el dominio de la vista, el sentido más adecuado para procesar y describir la experiencia humana.

Parece contradictorio que si bien Borges-autor lamenta su incapacidad de retratar perfectamente este momento, el

fragmento anterior logra articular elocuentemente su experiencia dentro del aleph. Sin embargo, durante su epifanía, nos cuenta de “interminables ojos inmediatos escrutándose [en él]” (“El Aleph” 165), y estos ojos parecen ser de admonición - como si él hubiese llegado a un límite de la conciencia, como un reproche a su afán de alcanzar la cima de las experiencias sagradas, un recordatorio de “la incapacidad del ser humano para penetrar en lo Absoluto” (Lamarti 62). Cuando Borges-personaje nos ve mientras se encuentra dentro del aleph, “rompe con el pacto que mantiene estos dos mundos aparte” (Rodríguez-Navas 214), creando en nosotros como lectores la urgencia de contemplar, por algún momento, la existencia de un objeto y una experiencia tan inconcebible que nos lleve a reflexionar sobre la naturaleza de nuestro mundo, y la realidad de nuestras percepciones. Hacia el final de ese momento, el personaje pasa de ver el inmenso mundo, hacia lo más recóndito de su propio ser: donde la “conciencia se observa a sí misma desde otro ángulo, y, sobresaltada, se gira para taparse los ojos” (Lamarti 62).

La experiencia del todo es rápidamente acompañada por un vacío tan universal como lo es existencial, una sensación de “infinita veneración, infinita lástima” (“El Aleph” 166), que ninguno de los

espejos refleja a Borges-personaje. Por esa infinidad de posibilidades y momentos, hubo también una fugacidad donde Borges-personaje ha contemplado su propia muerte cuando ve “[su] cara y [sus] vísceras” (“El Aleph” 166). Otra lectura emerge cuando se toman los dos siguientes enunciados: “vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré” (“El Aleph” 166). Borges-personaje ha presenciado el apasionado amor de su amada con Daneri. El inconsolable despecho pudo haber causado su propio deseo de morir. El vértigo originado por la sobrecarga sensitiva del aleph se agrava con sus náuseas frente a esas “cartas obscenas, increíbles, precisas, que Beatriz había dirigido a Carlos Argentino” (“El Aleph” 165-166), pruebas de una incestuosa relación entre Daneri y Beatriz, hecho que no despojó de pasión alguna a los primos. Borges-personaje sufre entonces también una infinita desconsolación, causándole dolorosas lágrimas.

En su época temprana, Borges-autor impulsó el movimiento ultraísta en Argentina. Este movimiento de vanguardia nacido en España fomentó innovaciones literarias, nunca vistas, rechazando los artefactos ornamentales, esa obsesión con el estilo y el Romanticismo (Mazzucchelli 19), más propia del modernismo. Desde sus comienzos como miembro

del movimiento ultraísta durante el inicio de la década de los años veinte, la metáfora fue el recurso por excelencia en los ojos de Borges- autor y sus colegas. Las metáforas en el ultraísmo representaron “el esfuerzo del poeta para expresar la milenaria juventud de la vida, que, como él, se devora, surge y renace, en cada segundo”². Las verdades universales sólo podían ser entendidas por medio de otras imágenes, originales e individuales, para reconciliar el problema de la inherente limitación del individuo al enfrentar el mundo externo. Borges- autor, ya incluso joven, mostró reservas hacia ese movimiento que tan vehemente defendió. Es posible que un Borges- autor, con el paso de los años, percibiera que “el desprecio por el repertorio de las metáforas de la literatura universal, particularmente europea, carecía de sentido” (Montano 314). En su furtiva búsqueda por la novedad y originalidad, se daría cuenta que su misma escritura no sería tan diferente a la “cacofonía y caos” (“El Aleph” 159) de la poesía experimental de Daneri. Con el tiempo, Borges- autor renunció al vanguardismo y se dedicó a perseguir y cultivar sus intereses filosóficos. En sus lecturas de Platón, Aristóteles, John Wilkins, Ludwig Wittgenstein y otros pensadores, alimentará su interés por la metafísica y por la naturaleza

del lenguaje, especialmente la conexión entre el lenguaje y la realidad, y la infinidad cosmológica³. El misterio sobre la naturaleza de la realidad permanecerá hasta el fin de sus días, arguyendo en una de sus últimas entrevistas: “El universo es tan complejo que acaso no existan razones para expresarlo; sobre todo por algo tan casual como el lenguaje” (Alifano 37).

En su libro titulado *An Essay Concerning Human Understanding* (1689), Locke propone que el uso de las palabras tiene dos propósitos principales⁴: 1) la recopilación de nuestros pensamientos, y 2) la comunicación de estos pensamientos con otras personas. Estos son dos casos interesantes, pues para el primero, no es necesario usar las palabras adecuadas—la elección puede ser verdaderamente arbitraria, pues conocemos el significado de nuestros propios pensamientos. Sin embargo, para cuestiones que involucren a un ser ajeno a nosotros, esta elección debe ser mucho más precisa (Locke 348). Nótese también que Locke discute que el uso de las palabras comprende dos distinciones: aquellas de uso civil y las de uso filosófico. Las palabras de uso civil se usan en conversaciones

³“The principle of the cosmological infinite presupposes that Borges invents numerous imaginary and possible worlds. Their boundaries are unverifiable. Those worlds fulfill themselves in time rather than in space” (Krysinski 194).

⁴Texto original en inglés, la traducción es mía.

²En una misiva a Isaac del Vando Villar - “Al margen de la moderna estética”, Grecia, año 3, no. 39, 1920, p.15.

cotidianas para referirse a ideas concretas en situaciones comunes. Por otro lado, las palabras de uso filosófico intentan denotar con completa exactitud el significado y esencia de alguna cosa, y expresan normalmente ideas abstractas que buscan la formación de un verdadero conocimiento. La complicación del lenguaje se encuentra bajo esta segunda categoría de uso, donde la imperfección de las palabras es la “duda [presente] en sus significados” (Locke 349).

Los siguientes casos ilustran las inherentes imperfecciones de las palabras (Locke, III, IX):

1. Las ideas que representan son muy complejas, y están compuestas de un gran número de ideas ya unidas.
2. Las ideas representadas no tienen ninguna conexión en la naturaleza, y por ende ningún estándar con el cual puedan ser comparadas.
3. El significado de una palabra se refiere a un estándar, el cual no es de conocimiento común.
4. El significado de la palabra y la esencia real de la cosa no son exactamente equivalentes.

El primer caso es el que me interesa para el análisis del cuento de Borges; después de todo, el autor intenta abarcar *lo infinito* a través de una

extensa enumeración, intentando cubrir todos los ámbitos del universo. La larga oración, unida por las treinta y siete frases, consigue expresar momentos de sensación y percepción, de existencia animada como inanimada, de descanso y de movimiento. Son los paisajes, lugares y tiempos, todos orbitando la visión del Borges-personaje porque la vista es el sentido de mayor comprensión perceptiva para describir la experiencia sensorial (Locke 83). Son también las pequeñeces del día a día, aquellos detalles que se esfuman con tanta facilidad mientras nos perdemos en el momento. Son estos los detalles que agregan realidad a la vida humana. Los sentimientos y las emociones son visitados también por medio de imágenes. Por ejemplo, la soledad en “[su] dormitorio sin nadie” (“El Aleph” 165), y esa inevitable amargura producto del desamor en la “circulación de [su] oscura sangre” (“El Aleph” 166).

Lo infinito es difícil de entender, y más aún de capturar porque “in its original intention, [is] attributed to space, duration and number” (Locke 131) y lo contiene *absolutamente todo*. Asimismo, como es delineado en el tercer caso, los estándares usados por Borges-autor no son conocidos por todos. Alguien sin acceso a su conocimiento, o sin pistas de los significados de sus alusiones y metáforas no puede

entender el encuentro con lo infinito que ha sido plasmado por él (Balderston 32). Algunos ejemplos de las imágenes presentes en su encuentro son el “poniente en Querétaro que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala, mi dormitorio sin nadie” (“El Aleph” 165). La yuxtaposición del poniente con el color de rosa captura no sólo la belleza, sino un aspecto más trascendental, casi místico, de la naturaleza y sugiere una de las muchas ilustraciones de lo que es *lo universal*: lo presente en todas las cosas de nuestro infinito mundo. El dormitorio vacío representa un contraste entre el espacio natural místico y lo cotidiano, añadiéndose a esa alienación que el aleph le causa a Borges-personaje. No es sólo una descripción del estado del dormitorio de Borges-personaje, sino más bien una metáfora a la soledad y despecho que siente frente al amor no correspondido de la imposible Beatriz.

Julio Ortega indica que al encontrarse con el aleph, Borges-personaje experimenta una “epifanía fugaz” (Ortega 456) tan larga como efímera; una experiencia donde logra ver los hilos que sostienen *lo universal*. Logra ver todas las interconexiones entre cada objeto del universo, el tejido de nuestro mundo, y se queda completamente extasiado. El desafío más grande como hombre (pero más importante,

como escritor), será intentar representar con fidelidad este encuentro místico con *lo infinito*, una experiencia que debido a su misma naturaleza, “overflows the narrow boundaries of language” (Giskin 72). Pero éste es un desafío plenamente calculado: Borges-autor, ávido lector filosófico, gusta de cuestionar las palabras y empujarlas hasta sus límites. El autor propone el encuentro con *lo infinito* donde “[ha] visto millones de actos deleitables o atroces” (“El Aleph” 164), y las palabras son incapaces de darle sentido para demostrar que “el lenguaje refiere al mundo como sombra melancólica pero puede, de pronto, revelarlo en un instante fluido de una visión/versión precipitada por las palabras” (Ortega 456). En otras palabras, Borges-autor sugiere que el lenguaje es la herramienta que nos permite ver más allá del velo que cubre a la realidad, al mismo tiempo que reconoce la imposibilidad de una expresión completamente fidedigna cuando reconoce que el problema central es “irresoluble: la enumeración, siquiera parcial, de un conjunto infinito” (“El Aleph” 164), que transcribir en el lenguaje una experiencia mística le despoja de su naturaleza divina.

¿Cómo capturar la abundante y estridente simultaneidad? Locke propone examinar cuidadosamente nuestra concepción de *lo infinito*, y lo ve como la expansión interminable

de algún espacio, alguna duración, o algún número (Locke 131). Quizá el ejemplo más claro es el de los números: tomemos cualquier número, y añadamos una constante en una serie infinita. Llegaremos a *lo infinito* porque el número resultante siempre tendrá una parte que pueda ser sumada; de esta misma manera podemos pensar en los espacios de la materia o en la duración temporal de algún evento. El lenguaje es unidireccional y “sucesivo” (“El Aleph” 164) por naturaleza, por lo que Borges-personaje debe contentarse con capturar su experiencia en una enumeración de eventos. La enumeración es rica en estructuras sintácticas, donde se alternan grados de complejidad para crear pausas, así como dilataciones en la percepción de los eventos infinitos, capturando una serie de sucesos que resultan tan familiares como extraños (Balderston 33). La cantidad y complejidad de las enumeraciones son la única forma en la que Borges puede reconciliar un lenguaje que queda pobre ante un momento tan opulentamente sensorial. Cuando se ve algo, el cerebro toma una infinitesimal fracción de segundo para procesarlo. Esta demora en procesamiento conlleva también a una demora en la expresión consciente de la experiencia - situándonos para siempre detrás de nuestro misterioso universo. Las enumeraciones también son

reminiscentes de los antiguos cantos y salmos, otorgándole a la experiencia otra capa mística - como una atestiguación a este encuentro con *lo infinito*.

Pero ¿será posible expresar con el lenguaje alguna experiencia que capture (objetivamente) una síntesis de *lo universal*? O, ¿podríamos decir que los límites del lenguaje implican también un límite del universo? Borges-autor no lo cree; para él, el lenguaje es “the major instrument by which mankind sought to impose some structure on the chaos that was the universe, set some limits to its infiniteness” (Standish 136). Es indudable que, por razones que también propone Locke, falle al hacerlo: “Notoriamente no hay clasificación del universo que no sea arbitraria y conjetural”⁵ (“El idioma analítico de John Wilkins” 142-143). La raíz del problema yace en nuestra inhabilidad de poder atribuir un orden total a *lo infinito*, pues las leyes incomprensibles del universo lo rigen y la inteligencia humana no es capaz de alcanzar ese nivel de entendimiento, y en consecuencia, nuestro lenguaje tampoco podrá alcanzar a ese imparable universo.

El mundo parece estar velado;
y el lenguaje, en su intento de

⁵Borges-autor añade, “La razón es muy simple: no sabemos qué cosa es el universo [...] cabe sospechar que no hay universo en el sentido orgánico, unificador, que tiene esa ambiciosa palabra. Si lo hay, falta conjeturar su propósito; falta conjeturar las palabras, las definiciones, las etimologías, las sinonimias, del secreto diccionario de Dios” (“El idioma analítico de John Wilkins” 143)

comprenderlo, desvela todos los misterios que ve. Vale la pena considerar que la mente humana sea incapaz de tener alguna idea sobre *si lo infinito* realmente existe, ya que nuestras ideas o suposiciones no siempre conforman evidencia de la existencia de las cosas (Locke 132). El lenguaje es tan arbitrario e idiosincrático como lo es cada individuo. Nuestras formas de ver el mundo, los esquemas mentales, son guiados en su mayoría por la cultura y el lenguaje que nos albergan. Borges-autor se torna al lector a preguntarle si ha considerado que el mundo quizá no es exactamente como lo imaginamos: en lugar de reflejado en nuestra mente, construido sobre *nuestra* percepción de él⁶. Borges-autor usaría este lente analítico en la *Divina Comedia* para describir la realidad de Dante en su ensayo “El encuentro en un sueño” (1983). Borges-autor invita a considerar la aflicción de Dante Alighieri. La intensidad de su melancolía ante la fallecida Beatriz y la intensidad de su amor lo lleva a “[jugar] con la ficción de encontrarla” (“El encuentro en un sueño” 150) y construir la *Divina Comedia*. El enamorarse, sugiere Borges-autor, es “crear una religión cuyo dios es falible” (“El encuentro en un sueño” 150). Beatriz, “vestida de color de llama viva” (Alighieri, *Purgatorio*, XXX, 33), se asemeja al aleph de “casi intolerable

fulgor” (“El Aleph” 164)—puntos de luces que denotan los encuentros místicos de ambos protagonistas. El encuentro de Dante con Beatriz es el encuentro divino con *su* diosa y *su* infinito, el reflejo de la inquebrantable devoción que Dante sostuvo por Beatriz.

El lenguaje es uno de los logros más importantes que hemos alcanzado. Es único en su capacidad de transmitir nuestras ideas, tanto sobre nosotros mismos como sobre el mundo que nos rodea. En “El Aleph” (1945) de Jorge Luis Borges, encontramos una indagación sobre la naturaleza del lenguaje, y principalmente, su gran problema al tratar de mimetizar una experiencia con *lo infinito*. Este problema, donde se cuestiona la fidelidad con la que podemos retratar el mundo se convierte en un misterio sobre la naturaleza de este mismo. La teoría epistemológica de John Locke sugiere que el problema empieza desde las raíces de la expresión, desde el lenguaje mismo. Toda palabra es naturalmente limitada pues es meramente una imitación de lo que es observado, y lo que es observado se altera continuamente por las palabras para facilitar el entendimiento del observante. Parece que *lo infinito* sólo es concebible a través de una idea de continuas expansiones. En ese caso, ¿cuáles son los límites del universo? ¿Será que el mundo real se encuentra fuera del alcance de

⁶ En otro de sus cuentos, “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” (1940), vemos que sólo el hecho de observar y percibir un objeto cambia su esencia.

las palabras, o son las palabras las que determinan los límites de nuestro mundo? El lenguaje termina siendo un “instrumento para la búsqueda de conocimientos (esencias) abstractos, separados de los fenómenos en los cuales se manifiestan” (Kurlat Ares 6). En su cuento, Borges-autor declara que a pesar de sus mejores intentos, las palabras no serían capaces de retratar ese imposible infinito. La naturaleza de las palabras limita no sólo la intensidad de nuestra experiencia, sino también el entendimiento de ella.

Obras citadas

Alifano, Roberto. *Borges, biografía verbal*. Plaza & Janés, 1988.

Alighieri, Dante. *La Divina Comedia*. Traducida por Ángel Crespo, Planeta, 1990.

Almeida, Ivan. “Borges, Dante et la modification du passé.” *Variaciones Borges*, vol. 4, 1997, pp. 74-99. JSTOR, <https://www.jstor.org/stable/24879374>.

Balderston, Daniel. “‘Sin superposición y sin transparencia’: El legado de Borges: la frase larga de ‘El Aleph.’”, editado por Rafael Olea Franco, Colegio de México, 2015, pp. 29-50. JSTOR, <http://www.jstor.org/stable/j.ctt16ptnm2.5>.

Borges, Jorge Luis. “Al margen de la moderna estética.” *Grecia*, año 3, vol. 39, 1920, p.15.

———. “El Aleph.” *Obras Completas*, vol. 1, Emecé Editores, 1989, pp. 617-28.

———. “El encuentro en un sueño.” *Nueve ensayos dantescos*, Selecciones Austral, 1982, pp. 145-53.

———. “El idioma analítico de John Wilkins.” *Obras completas*, vol. 3, Emecé Editores, 1969, pp. 139-45.

———. “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius.” *Ficciones*, Vintage Español, 2012, pp. 13-39

Giskin, Howard. “The Mystical Experience in Borges: a Problem of Perception.” *Hispanófila*, no. 98, 1990, pp. 71-85. JSTOR, <https://www.jstor.org/stable/43895023>.

Krysinski, Wladimir. “Borges, Calvino, Eco: The Philosophies of Metafiction.” *Literary Philosophers: Borges, Calvino, Eco*, editado por Jorge J.E. Gracias, Carolyn Korsmeyer y Rodolphe Gasché, Routledge, 2002, pp. 185-203.

Kurlat Ares, Silvia G. “Sobre ‘El Aleph’ y ‘El Zahir’: La búsqueda de la escritura de Dios.” *Variaciones Borges*, vol. 19, 2005, pp. 5–22. JSTOR, <https://www.jstor.org/stable/24880551>.

Lamarti, Rachid. “El álef, El álif y Borges.” *Cartaphilus. Revista de investigación y crítica estética*, vol. 1, junio de 2007, pp. 62-65. <https://revistas.um.es/cartaphilus/article/view/76>.

Locke, John. *An Essay Concerning Human Understanding*, editado por P. Nidditch. Oxford, 1975.

Mazzucchelli, Aldo. "En torno al joven Borges: Un discurso de resistencia a la Modernidad." *Hispanamérica*, año 44, no. 132, 2015, pp. 17-26. JSTOR, <https://www.jstor.org/stable/44504416>.

Montano, Rafael. "'El Aleph': Dante y los dos Borges." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 27, no. 2, 2003, pp. 307-325. JSTOR, <https://www.jstor.org/stable/27763832>.

Ortega, Julio. "El Aleph y el lenguaje epifánico." *Hispanic Review*, vol. 67, no. 4, 1999, pp. 453-66. JSTOR, <https://www.jstor.org/stable/474714>.

Parikh, Prashant. *The Use of Language*. University of Chicago Press, 2001.

Rodríguez Navas, Ana B. "Interpelación y ruptura en 'La biblioteca de Babel' y 'El Aleph' de Jorge Luis Borges." *Variaciones Borges*, vol. 22, 2021, pp. 201-16. JSTOR, <https://www.jstor.org/stable/24880330>.

Standish, Peter. "Borges and the Limits of Language." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 16, no. 1, 1991, pp. 136-42. JSTOR, <https://www.jstor.org/stable/27762883>.